

HUMANITAS

REVISTA DE TEORÍA, CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

VOL. 1 NUM. 2
ENERO-JUNIO 2022
ISSN: EN TRAMITE

Humanitas

Revista de Teoría, Crítica y Estudios Literarios

<http://humanitas.uanl.mx/>

La narrativa contemporánea mexicana frente a la territorialización del cuerpo: mujeres narradoras de un cuerpo-territorio

The Mexican contemporary narrative against the territorialization of the body: women narrators of a body-territory

Francisco Tijerina

Washington University in St. Louis

<https://orcid.org/0000-0003-3880-2597>

Fecha entrega: 26-12-2021 **Fecha aceptación:** 11-2-2022

Editor: Víctor Barrera Enderle. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2022, Tijerina, Francisco. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/revistahumanitas1.2-9>

Email: paqotj@gmail.com

La narrativa contemporánea mexicana frente a la territorialización del cuerpo: mujeres narradoras de un cuerpo-territorio

The Mexican contemporary narrative against the territorialization of the body: women narrators of a body-territory

Francisco Tijerina
Washington University in St. Louis
paqotj@gmail.com

Fecha entrega: 26-12-2021 Fecha aceptación: 11-2-2022

Resumen. Este artículo explora los procesos de colonización y conquista del cuerpo de las mujeres

Que la violencia en el cuerpo de las mujeres no tiene un afuera y un adentro, un origen definido, aún menos un lugar estable. La violencia se mete por puertas y ventanas. Entra en nuestras casas, en nuestras habitaciones, en nuestros cuerpos.

Daniela Rea

El proceso de colonización latinoamericano situó al cuerpo de las mujeres como un territorio de conquista a través de estrategias de dominación y control que van desde las políticas públicas hasta la perpetración de actos violentos. Estas prácticas hoy en día pueden observarse en distintas latitudes y extrapolaciones que abarcan otras formas de vida regularmente alterizadas, cuerpos y sujetos feminizados, y seres no-humanos, en distintos cruces espaciotemporales, también llamados deícticos. En particular, es evidente que los conflictos bélicos modernos, las guerras contra el narcotráfico en Latinoamérica y en especial en México y los sitios emergentes para actividades de extractivismo mineral y de hidrocarburos han sido parajes para la visualización de este fenómeno. Esta asociación ha generado un cúmulo de violencias irreparables de las que hoy numerosos colectivos feministas, escritoras y activistas dan cuenta diariamente.

El texto que aquí busco esbozar es un ejercicio cartográfico de obras literarias contemporáneas publicadas en México que responden al entendimiento hegemónico de los cuerpos como territorios en disputa, siempre a la espera de quien los ‘descubra’ y les dé sentido bajo sistemas de explotación capitalista y patriarcal. Vale la pena detenerme aquí en dos cuestiones. En primer lugar, quisiera aclarar que entiendo la noción de cuerpo como aquel referente a seres humanos y no-humanos, pero también como el que es habitado por dichos seres. ¿Qué significa habitar un cuerpo? Somos cuerpos que habitan otros cuerpos, ya sea a través de afectos o efectos. Repensar nuestro planeta como un cuerpo habitado y conformado por cuerpos es también un ejercicio de descentralización. De esta forma, la idea es cartografiar un cuerpo

habitado por cuerpos múltiples; un mapa de mapas. Es por eso que, entrando a la segunda cuestión, me gustaría hacer hincapié en la no fijeza de este mapeo. Si bien yo propongo la lectura de algunas obras, pretender una mirada oblicua es entender la siempre incompletitud de esta tarea. No existen, pues, fronteras estáticas, ni se busca crearlas.

Tomando en cuenta la importancia que ha tenido el campo literario para la construcción de conocimiento y la reificación de narrativas y discursos que se alinean con las exigencias de un mercado dominado por dichos sistemas, me dispongo a traer a colación distintos textos que, más allá de su contenido, nos invitan a repensar la estructura dominante. Entonces, lo que propongo aquí es una mirada con otras lentes a objetos literarios que hacen otras cosas más allá de ser novelas, cuentos, ensayos o poemas. Se trata de que nos adentremos a observar algo que ya existía, pero que ociosamente, en favor de la preservación del orden determinado, se veía oscurecido. No es que no hubiesen escritoras mexicanas o que ahora exista una moda entre las mujeres por escribir y adherirse al fenómeno literario, sino que ahora existen más oportunidades desde el mercado y quiénes lo operan para que sus voces sean escuchadas y visibilizadas. Las razones para escribir pueden ser diversas y algunas pueden estar o no a favor de un proyecto revisionista y contestario al status quo. Lo cierto es que sin duda es un cambio de paradigma que nos obliga a replantearnos nuestros patrones de consumo: revitalizamos nuestra mirada, discurremos entre otras narrativas y discusiones y nos planteamos una cosmovisión compleja que asume sus huecos en lugar de pretender una respuesta totalizante a aquello que nos acontece.

El cuerpo-territorio vs. la territorialización del cuerpo: la respuesta a la colonización epistémica y física sobre los cuerpos

¿Qué significa territorializar el cuerpo? María Lugones retrata en *Colonialidad y género*, en primer lugar, el espacio de distinción que se generó para las mujeres de color en oposición a las mujeres europeas. Lugones califica a este espacio como binomial y maniqueo entre la pasividad y la agresividad; lo educado y lo bestial. Más tarde, Lugones también explora otra veta donde expone la tradición de la territorialización del cuerpo femenino cuando explica cómo en el imaginario de Colón la tierra era retratada como un pecho de mujer, dando lugar así, también, a una imagen clara: el cuerpo, celeste y humano, a la mira del ente colonizador, es uno mismo para la tarea de conquista y explotación. Esta violencia queda evidenciada, tal como menciona Lugones, cuando tomamos en cuenta la forma en la que se consideraba a las mujeres no blancas. Menciona Lugones que “las hembras no-blancas eran consideradas animales en el sentido profundo de ser seres ‘sin género’, marcadas sexualmente como hembras, pero sin las características de la femineidad” (94). Esta categorización, leída desde el trato que se les otorga a los animales, permite asimilar el potencial de explotación bajo el cual se observaba a estas mujeres.

El cuerpo, entonces, pasa a ser parte de un panorama disponible para el ente colonizador. Carecer de género es carecer de facultades sociales. La dicotomía sexo-género posibilita una dominación sobre las mujeres y sujetxs disidentes. Pero la exclusión de esta etiqueta produce una segregación todavía más evidente y agresiva. Es, en gran medida, calificarles de menos-que-humanos. Por tanto, esta dominación se caracteriza por no traer a colación

cuestionamientos éticos que permitirían poner en entredicho las suposiciones y tratos que se les brindan a estas personas.

La relevancia de esta discusión, a pesar de la distancia temporal con la que contamos hoy en día, es que en mucha medida estas ideas han permeado la construcción de este presente. Tal como expone Yásnaya Elena A. Gil en *Tres veces tres. En clave Malintzin: Nueve aproximaciones a su figura*, “contrario a lo que nos muestra la historia oficial, la Independencia no supuso la suspensión de ese orden colonial” (22). En lugar de ello, la Independencia permitió que el deseo de Estado, inducido por ideales europeos, permeara en la conformación social del México moderno. Una vez determinada una jerarquía de orden patriarcal, donde las mujeres blancas, a pesar de su posicionalidad con respecto a mujeres indígenas o negras, también estaban expuestas a ser colocadas por debajo de sus pares hombres, este ideal se mantuvo y mantiene vigente hasta nuestros días. Esto se refuerza a través de discursos maniqueos que establecen peyorativamente una inferioridad ficticia de la mujer con respecto al hombre y justifican su preservación con ánimos paternalistas y abusivos.

Pero los esquemas de control son mucho más violentos. Rita Segato, tras su larga investigación sobre los feminicidios en Ciudad Juárez, establece en *La guerra contra las mujeres* que “[e]n la lengua del feminicidio, cuerpo femenino también significa territorio y su etimología es tan arcaica como recientes son sus transformaciones” (Segato 47). De esta forma, lo que retrata inicialmente Lugones es retomado por Segato. Si bien, antes esta inferioridad estaba mucho más marcada por el esquema racial, ahora podemos extrapolarlo dentro del locus poscolonial. Lejos de tener una discusión sobre el fin o la permanencia de lo colonial, lo que demuestran Segato y Lugones es que la estructura por sí misma no ha dejado de

funcionar, sino que ha mutado y se ha disfrazado de otras formas para mantenerse vigente dentro del entramado social.

Una de las consecuencias más evidentes de la territorialización del cuerpo de las mujeres a las que hace referencia Segato es la violación. A través de ella determina que “[l]a víctima es expropiada del control sobre su espacio-cuerpo. Es por eso que podría decirse que la violación es el acto alegórico por excelencia de la definición schmittiana de la soberanía: control legislador sobre un territorio y sobre el cuerpo del otro como anexo a ese territorio” (*La guerra contra las mujeres* 38). Este control sobre los cuerpos posibilita el ejercicio del control patriarcal principalmente sobre los cuerpos de las mujeres, pero también sobre los cuerpos culturalmente feminizados. El mecanismo de control, además, se ve magnificado por lo que Sayak Valencia, en *Capitalismo gore*, considera como “sociedad del espectáculo”, que se refiere a aquella que brinda “publicidad y legitimación, gratuitas, poder medio de la espectacularización de la violencia” a formas de “propagación de su poder y control sobre el territorio” (Valencia 115). Con esto, la dominación no sólo se mantiene en un nivel pragmático sobre los cuerpos, sino que se inserta en el imaginario social a través del permeado gradual y constante de la mediatización del terror.

En ese mismo entronque y a manera de síntesis, Julieta Paredes en “El feminismo comunitario: la creación de un pensamiento propio” afirma que:

Dos palabras que describen la realidad que pretendemos mostrar. Penetración nos plantea la acción de introducir un elemento en otro. Colonial como la invasión y posterior dominación de un territorio ajeno, empezando por el territorio del cuerpo. Como las palabras y los discursos son formas auditivas que toman posición

ante las hegemonías discursivas del poder, podemos decir que la penetración colonial nos puede evocar la penetración coital, como la imagen de violencia sexual, de la invasión colonial. No decimos con esto que toda penetración coital o penetración sexual en general sea necesariamente violenta, no lo es cuando se la desea, pero la violación de nuestros cuerpos, ninguna mujer la desea, y la invasión colonial, ningún pueblo la quiere. (7)

En este sentido, la alegoría del cuerpo como un territorio de conquista y la penetración no consensuada, como acto político, social y sexual, forman parte de un imaginario social que se incrusta en el panorama poscolonial latinoamericano; un pasado vivo al que aún se le debe hacer frente.

Ahora bien, ¿qué significa responder a todo esto desde el cuerpo-territorio? Tanto Julieta Paredes como Lorena Cabnal, según recoge Sofía Zaragocin y Martina Angela Caretta, sostienen que el cuerpo-territorio opera dentro de un marco de referencia feminista que le permite evolucionar apoyado en la afirmación de que no existe una diferencia ontológica entre el cuerpo y el territorio. En ese caso, lo que le sucede al cuerpo también le sucede al territorio y viceversa (6). Por su parte, Delmy Tania Cruz Hernández destaca que la propuesta de un acercamiento a través del concepto de cuerpo-territorio implica:

mirar a los cuerpos como territorios vivos e históricos que aluden a una interpretación cosmogónica y política, donde en él habitan nuestras heridas, memorias, saberes, deseos, sueños individuales y comunes, y a su vez, invita a mirar a los territorios como cuerpos sociales que están integrados a la red de la vida y por tanto, nuestra relación con ellos debe ser concebida como ‘acontecimiento ético’ entendido como una irrupción frente a lo ‘otro’ desde la posibilidad de contrato, dominación y poder no tienen cabida. Donde existe

la *avogida* comprendida como la co-responsabilidad y la única propuesta viable para mirar el territorio y entonces para mirarnos a nosotras-nosotros-nosotres mismxs. (44, énfasis en el original)

Entonces, queda en evidencia tras esta comparativa entre ambas operaciones que la formulación de la territorialización del cuerpo funciona de manera unilateral. Se coloca al cuerpo en el terreno del objeto de conquista. Del cuerpo se podrán extraer bienes que satisfacen las necesidades del colonizador o el sujeto patriarcal en este caso. La respuesta a esta operación desde una mirada feminista decolonial responde a replantear estos términos bajo los cuales se coloca, más allá del cuerpo, al territorio. Entonces, el cuerpo-territorio es una doble operación dialógica: tanto el cuerpo como el territorio son espacios que no deben encontrarse en disputa, sino entenderse como dos cuerpos que se comparten. El giro afectivo al que se sujeta el binomio cuerpo-territorio permite entretejer las necesidades de todxs aquellxs que coexisten, sin importar la categoría nominal que se les asigna. Descentralizar y desjerarquizar es entonces una pieza clave del ejercicio de imaginar otros mundos posibles.

En esta veta, el objetivo del siguiente apartado es hacer visibles los hilos que se entretejen entre las autorías contemporáneas que responden, algunas en mayor medida que otras, a las narrativas coloniales y capitalistas hegemónicas.

Cartografías críticas: miradas especulativas contra el andro y antropocentrismo

La literatura latinoamericana, así como el fenómeno literario internacional, ha sido dominada históricamente por hombres. Recientemente se habla de un boom de mujeres escritoras, pues

ahora circulan con una mayor facilidad dentro del mercado literario. La etiqueta, tal como critican autoras como María Fernanda Ampuero, Fernanda Melchor, Mariana Enríquez y Samatha Schweblin, no corresponde con lo que sucede realmente. El fenómeno editorial del boom latinoamericano poco tiene que ver con la facilidad en la circulación de textos y artefactos literarios producidos por mujeres contemporáneas más allá de su éxito de venta (Scherer). Pretender que esta nueva configuración simula una repetición en los patrones de consumo es ignorar que las mujeres no han tenido “sitio en la historia ni en la cultura porque la historia y la cultura se ven desde un lugar en el que ellas no han podido estar y al que muy rara vez han tenido acceso” (Sefchovich 10).

Los textos y proyectos que aquí se exploran de forma superficial no son más que una forma de entre miles de trazar un mapa de escrituras que se adentran a estos mercados. Si los textos subvierten o no ciertas normas y estructuras, no corresponde a esta discusión. Lo que busco a través de estas líneas es plantear la posibilidad de otras miradas que a su vez replantean lo canónico de ciertos textos con respecto a otros; de mantener en silencio y tras una pantalla oscura otras formas de escritura y pensamiento que ya estaban presentes, pero ignorábamos con facilidad.

La selección de estos textos responde a la capacidad de cuestionar ciertas posturas sobre hechos sociales y afrentas que se viven en el México contemporáneo. A pesar de tener una amplia variedad de opciones para analizar, me centraré aquí en *Temporada de huracanes* (2017) de Fernanda Melchor, *La compañía* (2019) de Verónica Gerber Bicecci y *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra* (2020) editado por Daniela Rea Gómez.

Uno de los puntos clave que tienen en común estas escrituras es que develan la puntual relación que mantiene el capital con el patriarcado. Esta hace presente cómo se articula una serie de configuraciones sociales a las que Rita Segato llama *pedagogías de la crueldad*, a las cuales define como “todos los actos y prácticas que enseñan, habitúan y programan a los sujetos a transmutar lo vivo y la vitalidad en cosas” (“Manifiesto en cuatro temas” 223). De esta forma, Segato encuentra relación entre las actividades extractivistas de explotación y la explotación sexual:

La trata y la explotación sexual son los más perfectos ejemplos y alegorías de lo que quiero decir con pedagogía de la crueldad. Es posible que eso explique el hecho de que toda empresa extractivista que se establece en los campos y pequeños pueblos de América Latina para producir *commodities* destinadas al mercado global al instalarse llega junto o es inclusive precedido por burdeles y el cuerpo-cosa de las mujeres que allí se ofrecen. (“Manifiesto en cuatro temas” 223)

Pareciera que esto ha resultado de gran interés para algunas de las autoras mexicanas contemporáneas, pues es notorio cómo ciertas obras recientes expanden nuestra visión sobre el extractivismo mineral y de hidrocarburos, así como la explotación medioambiental y las consecuencias directas sobre los cuerpos que habitan los espacios periféricos a ellas. Estas autoras dibujan un paisaje que también se constituye a través del comercio de los cuerpos del que habla Segato. Prueba de ello son textos como *Temporada de huracanes* de Melchor o *La compañía* de Gerber Bicecci donde la extracción de petróleo o mercurio, respectivamente, ayuda a la constitución de espacios para la explotación en los cuales la instalación de zonas de tolerancia o zonas rojas es una de las primeras edificaciones en los asentamientos poblacionales. Pero es el componente de

verosimilitud de ambos textos el que permite puntualizar una crítica a la configuración que posibilitan las tareas extractivas.

En el caso de *Temporada de huracanes*, Melchor crea una ficción alrededor del asesinato de Raúl Platas Hernández, “El Brujo” (Tijerina 14). Su narración, ilustrada de violencia física, psicológica y estructural, ilumina las prioridades de un Estado negligente y de actores de instituciones privadas cuyo único interés reside en su propio beneficio. La novela cuenta con ocho capítulos, entre los cuales siete mantienen una estructura similar: un párrafo continuo que simula una historia contada a largo aliento; una narración popular o un chisme (215-218). El séptimo capítulo, por su parte, se asemeja a esto en un espacio más reducido: presenta algunas versiones sobre el destino de un tesoro que presuntamente tenía guardado La Bruja y lo que se vive en La Matosa tras su muerte. De esta forma, Melchor nos adentra a un espacio vivo. La Matosa, aunque ficcional, mantiene anclajes puntuales con nuestra realidad. Se comparten referentes musicales como Daddy Yankee, Yuri y Luis Miguel; se observan prácticas políticas clientelares donde se prometen más y más proyectos progresistas y desarrollistas que alimentan una falsa idea de un futuro prometedor (Araoz); y se nos provee de la frase “Algunos de los acontecimientos que aquí se narran son reales. Todos los personajes son imaginarios”, a modo de epígrafe que abre la novela, de *Las muertas* de Jorge Ibargüengoitia, texto en el que, de igual forma, se ficcionaliza el caso de “Las Poquianchis”, un grupo de asesinas seriales que operó entre 1945 y 1964 en el estado de Guanajuato, en México. Bajo esta línea, la estrategia narrativa de Melchor posibilita una lectura crítica de un evento que, sin los matices que proveen los personajes que habitan el universo que construye, fácilmente podría catalogarse como un ‘crimen pasional’ o ‘un caso más de abuso de sustancias y violencia irracional’. De esta forma,

Temporada de huracanes funciona como un vehículo narrativo no sólo para cuestionar, sino para además prestar mayor atención a aquellas historias que diariamente aparecen en los diarios y que terminan siendo parte de una estadística gubernamental. Detrás de cada muerte hay una vorágine de voces que ayudan a profundizar en su historia de vida.

Por su parte, *La compañía* de Verónica Gerber Bicecci consta de dos partes: la reescritura de “El huésped” de Amparo Dávila, en la cual se presenta un futuro postapocalíptico más cercano de lo aparente, y una serie de 100 viñetas que recopilan, a manera de archivo, documentos sobre la adquisición de derecho para extraer en Nuevo Mercurio por parte de la Compañía Mercurio Mexicano (más tarde Compañía Minera Veta Rica, S.A.), testimonios, estudios geológicos, informes sobre afectaciones en la salud de los pobladores y trabajadores de Nuevo Mercurio, mapas de los túneles, planos de la maquinaria y documentos de investigaciones variadas a cargo de académicos e instancias gubernamentales. En la primera parte de este objeto literario, al intercambiar al personaje de Guadalupe por “la máquina” y al huésped por “la Compañía”, Gerber Bicecci cuestiona la posición maquina en la que comúnmente se mantiene a las mujeres, en específico a las que se encargan a las tareas del cuidado, mientras que brinda agencia a esta figura tecnológica para rebelarse contra el sistema o, como se plantea en el texto, a la compañía extractivista. Mientras que, en la segunda parte, brinda herramientas críticas a sus lectores para profundizar en las implicaciones que tiene la práctica extractiva y la participación de actores públicos para facilitar estas empresas.

Ambos textos dejan en evidencia que la satisfacción del deseo masculino es su prioridad, tanto en la generación de un mayor capital económico como en la dominación sobre los cuerpos: en *Temporada de*

huracanes podemos observarlo principalmente con los variados casos de violencia sexual, pero ambos textos nos presentan, como ya se había mencionado anteriormente, la instalación de zonas de tolerancia, habilitando un mercado sexual para la satisfacción masculina, y una empresa extractiva que invariablemente daña al cuerpo de la Tierra. Pero esto no es todo, también en ambos casos se discute una forma de dominación sobre seres no humanos. En *Temporada de huracanes* sucede desde el plano sexual: Brando, mientras ve una película pornográfica, se encuentra con un clip donde un perro es captado dándole sexo oral a una chica (Melchor 164). Mientras que en *La compañía* sucede desde el plano económico: una vez que la contaminación producida de la extracción de mercurio es tanta que se precisa clausurar el sitio, se identifican a los *Tadarida brasiliensis Tadarida brasiliensis* y a los *Plecotus mexicanus*, un par de especies de murciélagos a los que se les pretendía usar como parte de un sitio ecoturístico (Gerber Bicecci 182). Aunque de distintas formas, en ambas instancias es evidente que estos seres pasan a funcionar como elementos que dan servicio a las necesidades del deseo patriarcal-capitalista. El perro, al igual que los murciélagos, es incapaz de consentir a formar parte de la actividad a la que lo someten.

Por tanto, vale la pena traer a colación lo que establece Rita Segato sobre la expresión patriarcal-colonial-modernidad, la cual “describe adecuadamente la prioridad del patriarcado como apropiador del cuerpo de las mujeres y de éste como primera colonia” (Segato, “Manifiesto en cuatro temas” 214). Aquí, me parece pertinente expandir, más allá del cuerpo de las mujeres al que hace referencia Segato, hacia el sintagma cuerpo-territorio. Volvemos, entonces, al ejercicio dialógico al que apuntan Julieta Paredes y Lorena Cabnal para entender el ejercicio violento al

que se somete no sólo el cuerpo de las mujeres sino también al planeta y demás cuerpos no-humanxs que le habitan. Entonces, el patriarcado, inseparable integrante de la tripartición patriarcado-colonia-modernidad, se apropia de los cuerpos de las mujeres, los feminizados y los no humanxs para conformar su colonia en su ejercicio de poder y dominio.

Ahora bien, en 2020 se publicó un conjunto de crónicas titulado *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*. Este libro reúne los trabajos de periodistas como Verónica Gargo, Daniela Pastrana, Celia Guerrero, Paula Mónaco, José Ignacio de Alba, Lydiette Carrión, Emanuela Borzacchiello, Raquel Gutiérrez, Sara Uribe, Marina Azhua, Daliri Oropeza, Marcela Turati y Erika Lozano. A lo largo de los distintos textos presentados en la compilación, las autoras dan cuenta de los estragos de los *sujetos endriagos*, aquellos que “utilizan la violencia como medio de supervivencia, mecanismo de autoafirmación y herramienta de trabajo” (Valencia 10) que han reconfigurado el imaginario y la praxis social del México contemporáneo. A través de la llamada “guerra contra el narcotráfico”, México entró en un Estado de excepción donde el terror no se limitaba a las figuras paraestatales. Por igual, los representantes de la ley como los representantes de lo ilegal convirtieron el espacio público, el territorio, en plazas en disputas. Estas plazas, a su vez, también incluían los cuerpos de las mujeres, tal como destaca Segato.

Uno de los textos más desgarradores de la compilación es el de Paula Mónaco. En él, titulado “Dos mil días robados”, Mónaco narra las vivencias de Denise Blanco y Korina Utrera, dos mujeres detenidas por miembros de la Marina mexicana en lo que parecía ser un operativo armado para la detención de miembros sospechosos

del crimen organizado. Denise y Korina no sólo se encontraron ‘en el lugar equivocado, a la hora equivocada’, sino que incumplieron con una norma social no escrita: eran pareja. La sexualidad de estas mujeres las convirtió en un terreno de conquista alterizado, pues ahora los agentes que las detuvieron consideraban que era su deber convertir a estas mujeres a la heteronorma. Con frases como: “ahorita te vamos a enseñar lo que es la verga para que pruebes, maldita machorra” (62) y “—Tú estás bien bonita, tú te puedes buscar a un hombre que te haga algo bien. No has probado, ven que te voy a enseñar [...] ¿A poco no te gusta esto? ¡Mira, te va a gustar más que tu novia!” (66), estos hombres utilizan su investidura como símbolo de poder de conquista. Bajo el manto de la protección de la ley, no hay acto ilegal que no puedan cometer.

La narración no escatima en los detalles explícitos y más descarnados de la violencia desplegada sobre estos cuerpos: “Uno de los marinos le toca violentamente sus genitales [...] le pellizca fuerte sus pezones y sus pechos bajo una delgada blusa de tirantes” (63). La violación se da de manera continua, “[l]a mano-objeto lastima su cuerpo sin pausa” (63), y no parece tener como objetivo otra cosa más allá del simple control y la dominación, pues es notoria la intención de lastimar su cuerpo y quebrar su espíritu, pues “la violación se dirige al aniquilamiento de la voluntad de la víctima, cuya reducción es justamente significada por la pérdida de control sobre su cuerpo” (Segato, *La guerra contra las mujeres* 38). Es aquí donde se instauro un Estado paralelo a las leyes, pero indisoluble del que se desprende.

El territorio de conquista, ahora bajo el conflicto armado que posibilita la violencia sin repercusiones, es un campo abierto para los uniformados. Mónaco destaca dos elementos particulares:

el silencio de quienes no las lastiman, “—Me violaron, me lastimaron —le cuenta en el instante de paz pero él no responde” (65) y la voz de las mujeres que defienden esas acciones: la llevan con una enfermera. Intenta contarle todo lo que le hicieron, pero la mujer la interrumpe:

“¡Cállate, pendeja! Te has de haber lastimado cuando te aventaron a la camioneta. No digas esas pendejadas de que te violaron porque aquí no se hace eso. Yo trabajo aquí y te puedo decir que a eso no le hacemos”. [...] “Son mis amigos y son buenas personas”. (68)

Es así que el pacto patriarcal se exhibe en dos formatos: a través del silencio de los hombres y a través de la complicidad de las mujeres, facilitadoras de un sistema que les usa mucho y beneficia poco.

En términos discursivos, la narrativa de seguridad provee un marco que blinda a los agentes del Estado para cometer actos violentos en/a los cuerpos de las mujeres. Pero, tal como destaca también Paula Mónaco, estos discursos carecen de validez práctica cuando se toma en cuenta que “de 100 mujeres arrestadas por policías y militares en México 97 sufrieron violencia física y 72 violencia sexual” y que “sólo el 0.89% del total de detenidos estaban ‘plenamente identificados’ con alguna organización criminal o cártel del narcotráfico” (73). La yuxtaposición de ambos datos nos provee de herramientas suficientes para destacar el acto de la detención como uno arbitrario que les posibilita el control, posteriormente exacerbado por la acción violenta que suele acompañarlo.

Estas expresiones de violencia no se limitan a la vía pública; lo que ocurrió es que, tras la declaración de guerra por parte del Estado mexicano a ese enemigo invisible que representa el narcotráfico, la

violencia en lo público aumentó con mucha notoriedad. Estefanía Barba Vela describe en su ensayo titulado “Desigualdad de género: más allá de los síntomas y del castigo”, que

[e]l porcentaje de mujeres que eran asesinadas en la vivienda solía ser mayor. Entre 2004 y 2007, por ejemplo, los porcentajes oscilan entre el 41% y el 46%. Los números empezaron a bajar porque la cifra de mujeres asesinadas en la vía pública comenzó a aumentar. En 2004 el 25% fueron asesinadas en la vía pública (contra el 47% que lo fue en la vivienda). En 2016, el 41% de las mujeres fueron asesinadas en la vía pública (contra el 31.4% que fue asesinada en la vivienda). (44)

Es con esto que no se pretende considerar que la problemática existe sólo en relación con las figuras paraestatales del Segundo Estado descrito por Segato (*La guerra contra las mujeres*), sino también en los espacios parasociales.

Contrastar el texto de Mónaco a lo que se narra en artefactos literarios como *Temporada de huracanes* y *La compañía* hace evidente que la idea de la dominación no existe sólo en términos de poder social, sino también de poder económico. Se coloniza el cuerpo (humanx, no humanx y celeste) y se empaqueta como producto comercializable para el consumo patriarcal masculino que lo vuelve herramienta para saciar sus necesidades alimentadas por el mismo capital. Y en respuesta a ello, los textos de las autoras que aparecen en *Ya no somos las mismas...*, el de Fernanda Melchor y el de Verónica Gerber Bicecci se nos anticipan las voces de “[l]as mujeres cuyos territorios y cuerpos están bajo amenaza de despojos vinculados a proyectos petroleros, mineros, agroindustriales o urbanos [y que] se están uniendo para convertirse en un río de resistencia transcontinental (García-Torres, Vázquez, Cruz y Bayón Jiménez 39).

Cartografías móviles y contradictorias

Me permito, pues, aceptar que la cartografía que presento aquí es totalmente fragmentada. Que, en un esfuerzo inicial, tenía una lista más amplia de obras y esfuerzos editoriales entre los que destaco: *Tsunami I* (2018) y *Tsunami II* (2020) editados por Gabriela Jauregui, *Su cuerpo dejarán* (2019) de Alejandra Eme Vázquez, *lamaquinadistopica.xyz* (2018) de Verónica Gerber Bicecci, *Permanente obra negra* (2020) de Vivian Abenshushan y las colecciones *Vindictas* de la Universidad Nacional Autónoma de México y *A golpe de linterna: más de 100 años de cuento mexicano* editado por Liliana Pedroza. A esta lista le hacen falta muchísimos otros textos, otro más que escapan los límites geográficos a los que elegí ceñirme para efectos de este trabajo. Lo cierto es que este esfuerzo ha sido alimentado por sus lecturas, conversaciones alrededor de los textos y esos nuevos mapas que he logrado trazar gracias a las nuevas y múltiples miradas que proveen.

Finalmente, para cerrar, hilo aquí un pequeño esbozo de aquello a lo que responde, desde mi perspectiva, el cuerpo-territorio. Retomando a Silvia Federici en *El patriarcado del salario*:

El neoliberalismo es un ataque feroz, en su común denominador, a las formas de reproducción a nivel global; empieza con el extractivismo, la privatización de la tierra, los ajustes estructurales, el ataque al sistema de bienestar, a las pensiones, a los derechos laborales [...] Y cada vez más, a la cabeza de estas luchas, encontramos mujeres que comprenden que hoy no se puede separar la lucha por una sociedad más justa, sin jerarquías, no capitalista —no fundada sobre la explotación del trabajo humano—, de la lucha por la recuperación de la naturaleza y la

lucha antipatriarcal: son una misma lucha que no se puede separar.
(Federici 20-21)

Es por ello que me gustaría hacer todavía un mayor hincapié en el gran esfuerzo que escritoras, activistas, madres, trabajadoras y estudiantes realizan. A través de marchas, publicaciones y la resistencia continua, estas mujeres han respondido al silencio del pacto patriarcal y a sus abusos ejercidos sobre los cuerpos. De esta forma responden a la necesidad de

desbordar el conteo necropolítico que es, lamentablemente, muchas veces a-significativo, para *concentrarnos en construir explicaciones y contribuir a que, entre muchas, logremos organizar la experiencia colectiva de estar viviendo en medio de esta guerra que nos ha despedazado, también, como sociedad.* (Gutiérrez Aguilar 120, cursivas en el original)

Pero esto no quiere decir que la tarea es fácil o exenta de contradicciones. Tal es el caso de *La compañía*. En una de las presentaciones del libro, Gerber Bicecci profundizó sobre el hecho de que la parte A de su texto, la fotonovela con la reescritura del cuento de Amparo Dávila, fuese financiada por FEMSA a través de su Bienal de Arte (Lata Peinada). Pensando también en la publicación de *Temporada de huracanes* o de *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra* bajo sellos del conglomerado editorial de Penguin Random House, hay una pregunta necesaria que debemos plantearnos: ¿qué exigimos a las demostraciones de resistencia? ¿A qué estándares deben de responder estas autoras? ¿Deben eludir al capital, como si fuese posible, y hacer una crítica vivencial o es injusto pedirselos desde nuestra propia comodidad? ¿Serviría de algo realmente? ¿Nos llegarían sus mensajes sin estos móviles? Probablemente la respuesta sea negativa.

“Frente a la globalización neoliberal, social y ecológicamente devastadora, numerosas personas se esfuerzan hoy por lograr un viraje que posibilite un presente sostenible y un futuro aceptable para la humanidad y los demás seres vivos” (Puleo 73) y siguiendo los preceptos del cuerpo-territorio, es en sus contradicciones, indeterminaciones, huecos, telas cortas o deshilachadas, donde se puede construir otro futuro posible.

Referencias bibliográficas:

- A. Gil, Yásnaya Elena. *Tres veces tres. En clave Malintzin: Nueve aproximaciones a su figura*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.
- Cruz Hernández, Delmy Tania. “Mujeres, cuerpo y territorios: entre la defensa y la desposesión” en *Cuerpos, territorios y feminismos: compilación latinoamericana de teorías, metodologías y prácticas políticas*. Quito-México: Ediciones Abya-Yala, 2020.
- Federici, Silvia. *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de sueños, 2018.
- García-Torres, Miriam; Vázquez, Eva; Cruz Hernández, Delmy Tania; y Bayón Jiménez, Manuel. “Extractivismo y (re) patriarcalización de los territorios” en *Cuerpos, territorios y feminismos: compilación latinoamericana de teorías, metodologías y prácticas políticas*. Quito-México: Ediciones Abya-Yala, 2020.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel. “Presentación. La importancia de un corazón colectivo”. *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*, Grijalbo, 2020, pp. 119–23.
- Lata Peinada. Presentación “La Compañía” de Verónica Gerber Bicecci. 2021. YouTube, <https://www.youtube.com/watch?v=3IYQy-Fhgw>.
- Lugones, María. “Colonialidad y género”. *Tabula Rasa*, núm. 9, 2008, pp. 73–101.
- Machado Araoz, Horacio. El debate sobre el “extractivismo” en tiempos de resaca. *Rebelión*. Disponible en <https://rebelion.org/el-debate-sobre-el-extractivismo-en-tiempos-de-resaca/>, 2016.

- Mónaco, Paula. “Dos mil días robados”. *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*. Ciudad de México: Grijalbo, 2020, pp. 61–73.
- Puleo, Alicia. *Claves ecofeministas para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales*. Madrid: Plaza y Valdés Editores, 2019.
- Rea, Daniela. “¿Puedes ver a un niño y pensar que no hay futuro?” *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*, Grijalbo, 2020, pp. 149–60.
- Scherer, Fabiana. “El nuevo boom latinoamericano: las escritoras marcan el rumbo.” *La Nación*, 12 June 2021. *La Nación* (Argentina), <https://www.lanacion.com.ar/lifestyle/el-nuevo-boom-latinoamericano-las-escritoras-marcan-el-rumbo-nid12062021/>.
- Sefchovich, Sara. *Del silencio al estruendo: Cambios en la escritura de las mujeres a través del tiempo*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2020.
- Segato, Rita Laura. “Manifiesto en cuatro temas*.” *Critical Times*, vol. 1, núm. 1, abril de 2018, pp. 212–25, doi:[10.1215/26410478-1.1.212](https://doi.org/10.1215/26410478-1.1.212).
- Segato, Rita Laura. *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de Sueños, 2016.
- Tijerina, Francisco. *Estética, ética y consumo: El caso de Temporada de huracanes de Fernanda Melchor (Tesis de Maestría)*. Nuevo León: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 2020.
- Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Ciudad de México: Paidós, 2016.
- Vela Barba, Estefanía. “Desigualdad de género: más allá de los síntomas y del castigo” en *El futuro es hoy. Ideas radicales para México*. Ciudad de México: Biblioteca Nueva, 2014, pp. 41–73.

Zaragocin, Sofía y Caretta, Martina Angela. “*Cuerpo-Territorio: A Decolonial Feminist Geographical Method for the Study of Embodiment*”. *Annals of the American Association of Geographers*, 111:5, 1503-1528, 2021.